

Divagaciones de un español

Fontanills a través del DIARIO

Por JOSE AIXALA

—¿Cómo no tributó usted un adiós al querido Fontanills?—me dijo un castellano, viejo suscriptor del DIARIO.

—Porque entendí que esto correspondía a plumas de alto copete, dada mi insignificancia y, como Parejo,

«En el pelotón de los torpes soy el más viejo».

Pero si el festivo Alvarez Marrón, rindió su tributo a la excelsa asturiana doña Eva, al lies de su desaparición, bien puedo yo cumplir con este deber, aun cuando aparezca a destiempo, y decir, como el poeta:

«Suspiros que bien se dan,
no importa en cuerdo sentir,
si saben donde han de ir
que se pierdan donde van.

Fonta, no se hizo cronista en el DIARIO; pero su expansión, repercusión y autoridad, tomó consistencia desde este centenario, con la respetabilidad y la influencia moral del DIARIO DE LA MARINA, que le sirvió de marco. Se penetraron de tal manera el cronista y el DIARIO, que llegaron a confundirse en el cuadro, la plasmación y su tela. Andando el tiempo, eran uno para el otro, a manera de una segunda naturaleza, que podríamos parangonar con esta anécdota:

Don Nicolás, que tenía la máxima autoridad, usaba una voz débil, con la mínima expresión de mando. Y, un día, tuvo que dar por cumplidos los servicios del conserje, pero al día siguiente, al sentarse don Nicolás en su mesa de trabajo, le agasajaron las plumas del sacudidor del polvo, como una caricia a su presencia.

—¡Cómo! ¿Pues no te dijo Machín...?

—Sí me dijo, don Nicolás! Pero usted tendría una pena sin mí y yo me moriría de morriña sin el DIARIO.

Fontanills necesitaba de él como los peces el mar y las aves el aire. La frondosidad de su léxico, la sutileza de su ingenio, lo habían convertido en Petronio y resultaba el árbitro de la crema social. Artistas y familias esparcidas por el mundo, al añorar la tierra cubana, suspiran por las «Habaneras» del DIARIO.

—¡Ah!, ¿también son ustedes de Cuba? Lean los últimos números del DIARIO y lo que dice Fontanills. Y en la galanura de la frase y las finezas de su estilo parecía en la lejanía perfumar el ambiente de esencias cubanas.

Su «asistiré» tuvo vibraciones de arpa de David. Si las trompetas de Jericó derrumbaron las murallas de la ciudad, la anunciada asistencia, debajo de una crónica, tenía la mágica influencia de hacer descolgar vestidos y trajes de etiqueta, con un corre-corre de modistas, criadas y «valets», que hubiese sido una desventura si en ella no mediara la seducción de una crónica subyugante.

«Desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca» o desde la infanta Eulalia a la modesta «reina» de las obreritas del Carnaval, la pluma de Fonta ha trazado en su crónica una historia social que servirá de cronología para los que busquen el hilo de los acontecimientos. Del Palacio de la Plaza de Armas en sus renovaciones, cambios hegemónicos y trueques nacionales, al apartado salón de la familia significada, por modesta que fuera, el cronista hacía mérito de sus notas con toda la gama del pentagrama, sin que jamás se le escapase la menor matización partidista de política o de procedencia.

Porque en el remanso de serenidad que don Nicolás estatuyó, en la sección social pudieron alterarse nombres, cambiaron banderas y dominaciones, pero las «Habaneras» tenían la gracia del jardín de las Hespérides, y podía remedar Fonta en cada mañana, inhibido de toda influencia política y con el cosmopolitanismo sin fronteras, aquella frase de Fray Luis de León: «Decíamos ayer...»

Había en la genial manera de convertir las palabras en pétalos, y las frases en puchas de flores, la honda repercusión del decano, ya que por algo se llega al centenario, que es una especialidad que ni se compra ni se vende. No hay otra forma de llegar a un milenario sino por el pago de diez siglos continuos. Y esta es la pátina del tiempo que hace de mayor mérito y valor una página del DIARIO, como la que ahora se exhibe en «La Casa Grande», como si fuese un cuadro de Diego Velázquez o «La rendición de Breda».

Las más grandes figuras que han desfilado por la ex capital de la Perla de las Antillas, hoy Habana de los ensueños y de ambiente placentero, eminencias en la lírica o en la comedia, en la tribuna o en cualquier manifestación de Arte y Cultura, junto a sus juicios que merecieron de la prensa, guardau

con mayor vanidad idolátrica aquellas blondas literarias, tejidas con la exquisitez del cronista, son destellos amorosos del pasado, o loas poéticas que, en la lejanía, saben a gloria en la intimidad de cada cual.

Un duque, que en el terreno republicano de hoy llamaremos don Gabriel Maura y Gamazo, al despedirse ante nosotros, dijo algo muy significativo:

—No se puede decir que se conoce la Habana, si no se ha visitado a Fontanills y se lleva en la maleta el DIARIO DE LA MARINA como pergamino de felicidad.

Y como hay que constreñir el espacio, repetiré una anécdota que ha mucho tiempo relaté y la interesada pidió a una dama habanera le buscase el número del DIARIO en donde hube de contarla.

Fontanills, por sus bondades de carácter y su sellado de labios, era confidente de los artistas. La célebre soprano Conchita Dahlander, de figura arrogante, de belleza digna del pincel de Rubens y con una voz angélica como la de su paisana le Bori, tenía una educación exquisita, refinada, un encanto de mujer. Su padre fué un rico coronel suco que al paso por Valencia se prendó de aquella preciosidad del Turia.

Don Andrés Parelló de Seguroía, bajo cantante en aquella compañía

de ópera, les dijo a don Nicolás y a Fonta que era «una perla que no debía ir con la farándula...» pues ello tenía por causa un derrumbe desastroso de una fortuna.

—¿Pero usted dice que sufre doblemente?—le observó don Nicolás.

—Sí; porque estaba secretamente enamorada de un hombre; y a medida que él ha ido escalando los peldaños de la gloria, yo he sufrido los reveses más crueles en la fortuna que me sonreía: ya ha sido ministro tres veces. Se ha hecho célebre en su carrera. Acaban de darle un título nobiliario... ¡Figúrese, don Nicolás!

—Pero... en la vida nunca hay que desesperar, dijo Enrique.

Un estremecimiento de nervios, seguido de unas copiosas lágrimas, pusieron con cuidado al director y al cronista.

—¿Qué es esto, señorita? ¿Acaso se murió su elegido?

—¡Mil veces peor para mí!... ¡Se ha casado...!

—¡Ah, señorita Dahlander!—exclamó Fontanills—. Un presentimiento de mi corazón me dice que usted será feliz...

Pasaron unos pocos años. Un día llegó al DIARIO una postal de Suiza. Sólo decía así: «Inolvidable amigo: Sepa usted y don Nicolás que soy una mujer feliz. Concha.»

El secreto elegido, don Amalio Jimeno, al quedar viudo, se casó con

la hermosísima cantante, la Concha de la postal, que recibió título, felicidad y la bendición merecida a sus angustias quiméricas.

Ella y cuantos recibieron las atenciones del Cronista Máximo, al saber la pérdida de Fontanills tendrán para su desaparecido el suspiro de una gratitud, y pedirán al Altísimo por el alma del genial y meloso Enrique, que fué bueno por inclinación, discreto por sentimiento, generoso y original, como consecuencia de su noble misión de paz y halago para la fémina.

DM
Quinto 6/32



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA